



LA TONADA DE JUAN LUIS



CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN (CONAPRED)

Autora

Nuria Gómez Benet

Ilustración, diseño y formación

Cecilia Lemus

Emilio Watanabe

Laura Angeles

Iván Rivera

El concepto de la colección y el cuidado de la presente obra estuvo a cargo de la Dirección General Adjunta de Vinculación, Programas Educativos y Divulgación del CONAPRED

Primera edición, abril de 2005

La Tonada de Juan Luis

Serie Kipatla, para tratarnos igual

D. R. DE LA PRIMERA EDICIÓN © 2005

ISBN 970-9833-01-4

CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Dante 14 col. Anzures, Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11590, México D. F.

www.conapred.org.mx

01 800 54 30 033



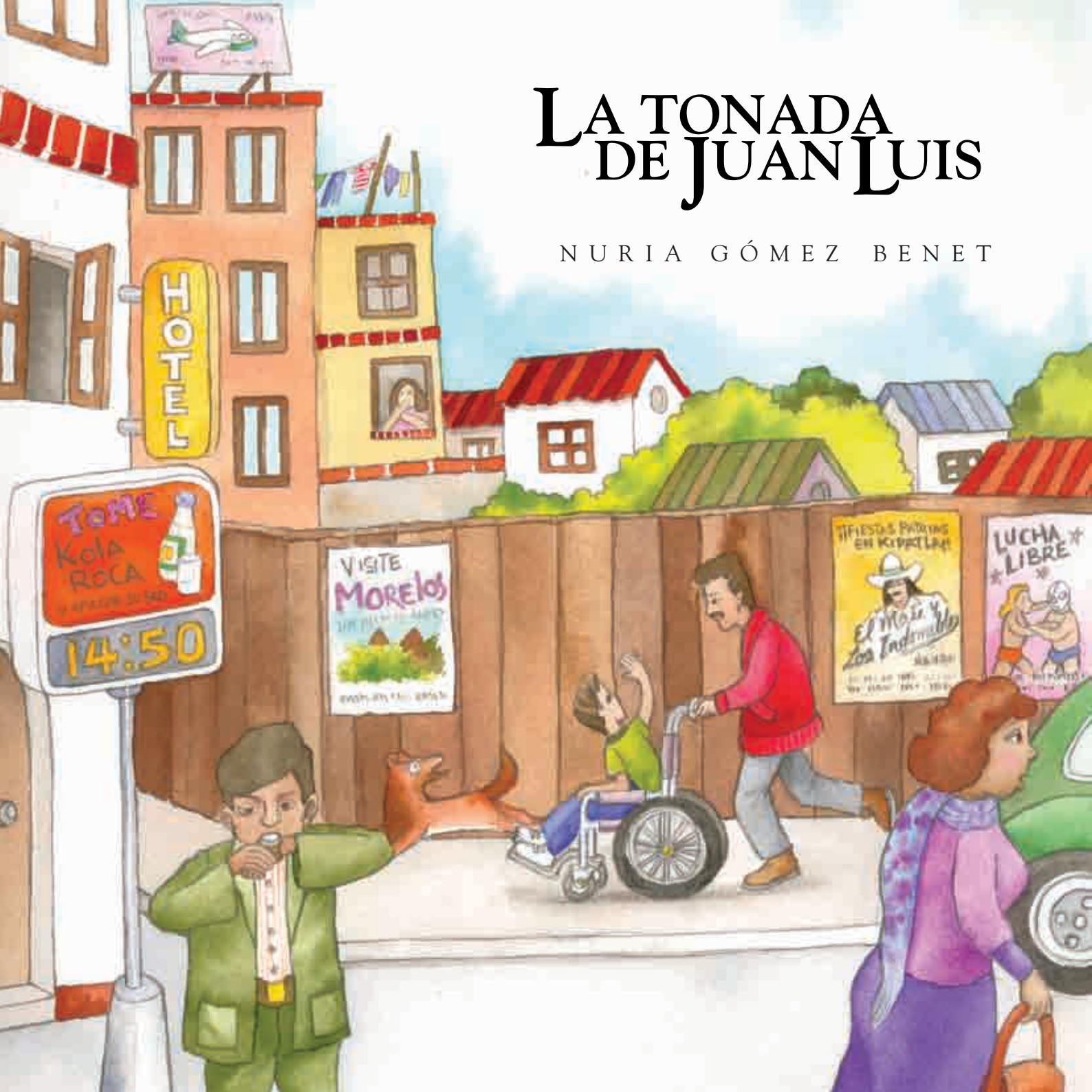
LA TONADA
DE JUAN LUIS



La igualdad de oportunidades significa, entre otras cosas, que en los lugares públicos se haga lo que sea necesario para que las personas con discapacidad puedan ir y venir fácilmente, como las demás personas.

LA TONADA DE JUAN LUIS

NURIA GÓMEZ BENET



Las zancadas de mi papá

A penas íbamos a comer y ya iban a dar las tres de la tarde. Nos habíamos tardado en pagar la luz y mi papá no quería irse de nuevo a trabajar con la panza vacía. Veníamos apurados por la calle cuando me pareció ver la foto del Mau. Como siempre, habían pegado el letrero muy arriba y no lo alcancé a ver bien.

–¡Espérate! ¡Alto!– le grité a mi papá que venía dando sus grandes zancadas detrás de mí.

–¡Ay, m'hijo! ¿Qué pasa?

–Por favor, por favor, voltéame, que quiero ver el letrero que está en esa barda.

–Está bien– contestó muy serio.

–Pero rápido, ¿eh?

Mi papá, que domina la técnica, le dio la vuelta a la silla de ruedas y en el mismo movimiento me acomodó justo enfrente del cartel.

Mi perro también se regresó. Gruperro se sentó junto a mí. ¡Ahí estaba! Era Mauricio Quijano, el Mau, vocalista y líder del grupo *Los Indomables*,





que además tocaba la trompeta y la armónica. Había nacido en Kipatla, como yo, pero ahora era famoso y andaba por todo el mundo.

Yo había oído decir que iba a venir por unos meses a descansar de sus giras, pero no creí que fuera cierto. ¡Venía a tocar en el baile de septiembre! ¡Con más razón debía invitar a Cristina a ir conmigo! Pero... de nuevo me entró la duda. ¿Qué tal si ella no quería ir conmigo? A lo mejor prefería ir con alguien que sí pudiera bailar bien. Otra vez le estaba dando vueltas a eso en mi cabeza, cuando escuché a mi papá.

–¡Eh, Juan Luis! ¿Ya?–

–Sí, papá. Gracias.

Giramos hacia la casa de volada. Mi papá no paró de caminar con esos pasos enormes que usa cuando tiene prisa. El Gruperro no dejó de correr con la lengua de fuera delante de nosotros, y yo no dejé de hablar de lo increíble que iba a ser ver a *El Mau* y *Los Indomables* en el Auditorio de Kipatla. Pero para eso todavía faltaba un mes y medio.

Sí te doy permiso, pero...

Esa misma tarde Frisco vino a mi casa y me contó de las clases. ¡El Mau iba a dar un taller para todos los niños que quisieran aprender a tocar la armónica como él! Beto y Verónica, los encargados de la Casa de la Cultura lo estaban organizando todo. Yo ya sabía bastantes canciones.

Había sacado cuatro de *Los Indomables*, así, de oído, en mi

armónica, pero nunca había tomado clases y menos con alguien como el Mau.

Me dijo Frisco que el taller iba a ser dos veces por semana: martes y jueves, a las cuatro y media de la tarde. Sólo durante los meses que el Mau iba a estar en Kipatla.

Ni lo pensé. En cuanto acabamos la tarea y Frisco se fue, le pedí permiso a mi mamá.

Me dijo que sí, pero... el único problema, me explicó, era que no había quién me llevara a la Casa de la Cultura, porque mi papá en las tardes trabaja y ella los martes y jueves es cuando se queda hasta las cinco en el consultorio, ayudándole a la Dra. Ibáñez con los expedientes.





–“Ya sabes que arreglé con ella de salir a las dos los demás días de la semana, pero martes y jueves justamente no puedo.”

Yo pensé que era una lástima que el Gruperro no me pudiera ayudar. Sólo que fuera del tamaño de un caballo y me llevara. Sólo que las banquetas fueran muy, pero muy chaparritas y yo pudiera bajarlas sin ayuda, con muchísimo cuidado. O sólo que en Kipatla hubiera rampas en cada esquina. Pero ni Gruperro era tan alto, ni las banquetas tan chaparras... y en Kipatla no había rampas.

Le dije a mi mamá que no importaba. Que yo veía cómo, pero que no me podía quedar sin las clases del Mau. Yo me podía ir sólo. Cuando llegara a una esquina... ¡seguro habría alguien que me ayudaría a pasar! En el cruce de la tienda estaba Don Esteban, más allá, a la vuelta, Lupe, la de la estética, que está muy fuerte y seguro me aguanta. Ya llegando a la Casa de la Cultura, podría avisarles con la armónica a Verónica y a Beto, que siempre están allí, y que de sobra pueden conmigo y con la silla. Estaba decidido.

Yo me enseñé solo

Por fin fue martes 9 de agosto, el primer día del Taller. Salí de mi casa mucho antes de las cuatro. No quería llegar tarde.

En la primera esquina, un señor que estaba comiendo una torta, la dejó en el plato y, después de alisarse con los dedos el bigote, me ayudó a pasar. El Gruperro, moviendo el rabo, le dio las gracias. En la otra cuadra me cruzó Don Esteban, el de la tienda.



CASA DE LA CULTURA

ESTÉTICA DE LUPE

TIENDA DE DON ESTEBAN

CASA DE JUAN LUIS



Lupe, que estaba esperando una clienta en la puerta, nada más me vio venir y corrió a ayudarme (aunque es la persona más distraída que conozco, siempre ha sido muy buena gente conmigo, pero además yo sospecho que le gusta presumir lo fuerte que está). Así llegué frente a la Casa de la Cultura, donde Vero y Beto vinieron en cuanto soplé la armónica. Era muy temprano y el Mau todavía no aparecía.

Ahí me quedé con ellos a esperarlo. Fue cuando me contaron que habían llevado una carta a la Presidencia Municipal, en la que pedían que se hicieran las rampas para que Doña Lichita, el Licenciado Juvencio y yo, que somos los que andamos en silla de ruedas, pudiéramos cruzar las calles de Kipatla con facilidad.

Además habían puesto en la carta que también las personas que traen bebés en carreola, los señores que cargan mercancía en “diablitos”, los que recogen la basura en carros con tambos y las personas muy viejitas que ya no pueden subir escalones, iban a sacar provecho de las rampas. Eso me dio mucho gusto.

Al poco rato comenzaron a llegar más niños para el Taller. Cuando entró el Mau ya estábamos como trece o catorce en el salón.

–¡Hola!– dijo sonriendo. Nos dio la mano de uno en uno y luego se sentó con nosotros. Fue preguntando nuestros nombres. ¡Él, el famosísimo Mau, de *Los Indomables*, preguntándonos el nombre y platicando con nosotros!

–Juan Luis Morales Aquino, para servirle– le dije cuando llegó mi turno. Y se me quedó mirando a los ojos. Luego se dio cuenta de



que yo ya traía una armónica en las manos.

–¿Sabes tocar, Juan Luis Morales Aquino?– me preguntó.

–Pues un poco.

–A ver...

¡Y que me arranco con “La Desdichada” (que era la que mejor me sabía)! La toqué completita y todo el tiempo me estuvo viendo con una sonrisa. Cuando acabé me preguntó:

–¿Quién te enseñó a tocar así, Juan Luis Morales Aquino?

–Yo me enseñé solo– le contesté sin pensarlo.





Y entonces se rió. Me vino a despeinar el copete. Nunca se me va a olvidar. Se me quedó viendo con sus ojotes negros y me dijo:

–Me caes bien Juan Luis Morales Aquino, me caes bien.

Con tinte rojo

La segunda vez que fui al Taller no fue tan fácil. En la primera esquina no hubo problema: venía pasando el profe Aldo y él me cruzó. Pero en la siguiente esquina no estaba Don Esteban en la tienda. Katia, su nuera, despachaba cargando a su bebé en brazos y ni modo de pedirle ayuda. Gruperro y yo tuvimos que esperar diez minutos ahí sentados hasta que salió un cliente que nos echó la mano.

En la esquina de la estética tampoco fue fácil: Lupe me vio por la ventana y salió corriendo a ayudarme, pero se le olvidó que estaba aplicando un tinte.

Justo antes de levantarme se dio cuenta de que tenía las manos enguantadas y chorreando colorante rojo por la calle. La clienta la llamaba, porque ya se había cumplido el tiempo y si no la enjuagaba, el pelo le iba a quedar más rojo que la nariz de un payaso, según ella.

Total, Lupe terminó y me ayudó, pero se me hizo tan tarde, que para cuando toqué la armónica en la entrada de la Casa de la Cultura, Vero y Beto ya estaban adentro trabajando en otros talleres y no me oyeron. Al rato pasó Don Esteban, que ya iba para la tienda, y me llevó hasta el salón.





–¿Qué pasó, Juan Luis Morales Aquino?– me dijo el Mau cuando me vio llegar.

–¿Por qué hasta ahora?

Me quedé callado sin saber qué decir. Gruperro bajó las orejas.

–Bueno, no le hace. Lo importante es que ya llegaste. Pásale.– me dijo como si nada. Y me acomodó junto a los demás.

Cuando le conté a Frisco tuvo una idea muy buena. Carola su hermana y él estaban yendo al Taller de Cocina, que era a la misma hora que el mío. Cristina tomaba el de Arte, que también era a las cuatro y media. Entre los tres podrían acompañarme y ayudarme.

–Para eso son los amigos– me dijo.

–Además, en una de esas, platicando platicando, yo saco el tema del baile del 15 y tú le pides a Cristina que vaya contigo. ¡Plan completo! Yo no estaba tan seguro... pero como que ya me estaba animando.

La oportunidad caída

Ese mismo día Beto me alcanzó a la salida, justo antes de que mi papá pasara por mí:

–Buenas tardes, señor Morales. ¡Qué bueno que los veo a los dos juntos, porque les tengo buenas noticias! Fuimos a la Presidencia Vero y yo en la mañana y nos dijeron que el lunes nos dan respuesta a lo de las rampas. Yo les aviso. Mi papá le dio las gracias muy contento, el

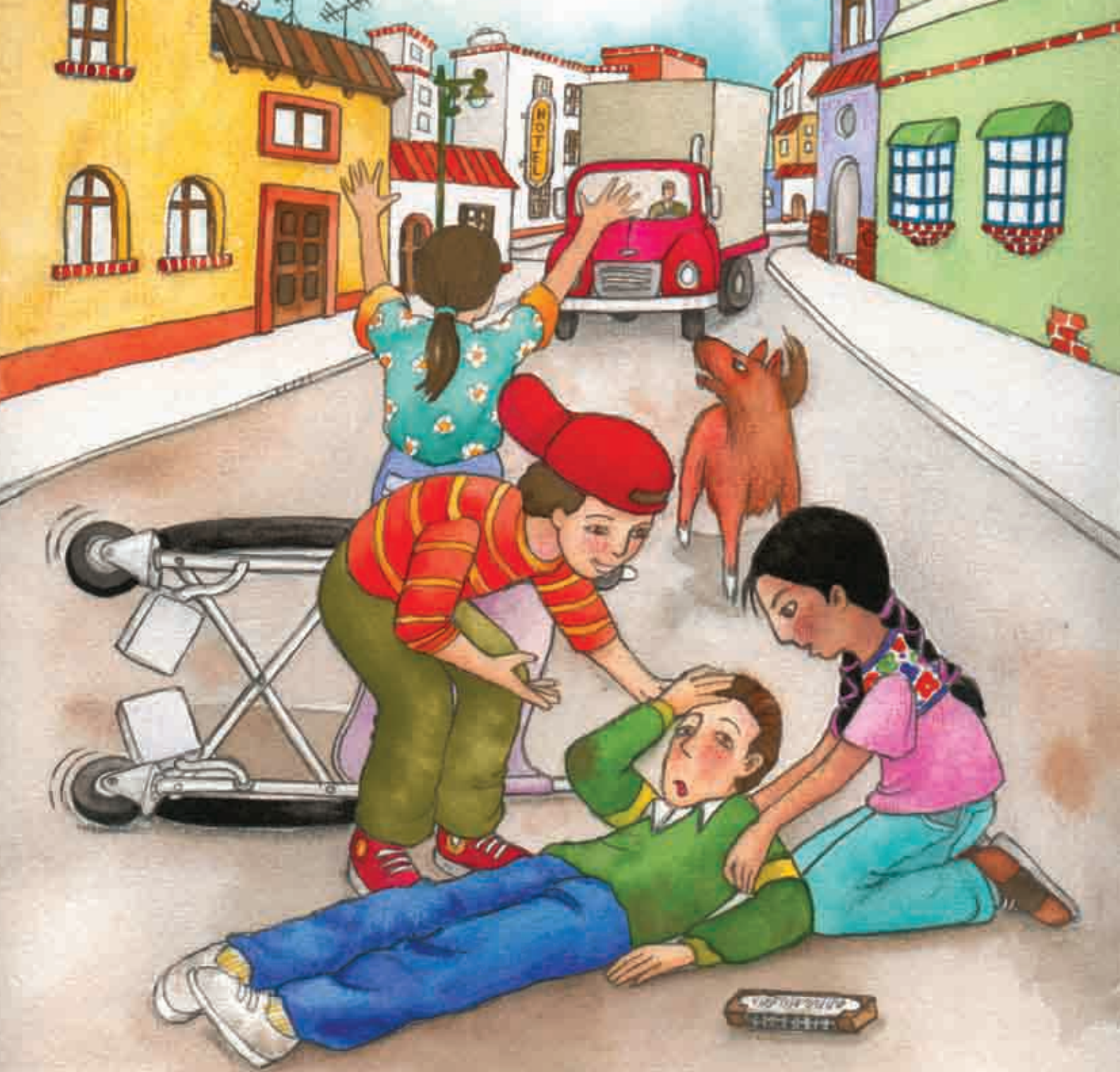
Gruperro se vino todo el camino de regreso dando saltitos y yo hasta creí que ya estaba arreglado el problema.

Mis amigos podían apoyarme por unos días. Después, ya iba a haber rampas... y asunto terminado. Pero la idea de Frisco no resultó tan buena como parecía.

Llegó con las niñas por mí y nos fuimos platicando por la calle. Frisco y Cristina me empujaban. Carola venía cuidando que no vinieran carros y que no hubiera obstáculos en el camino. Las primeras dos esquinas las pasamos bien. Entre los tres me ayudaban a bajar la banqueta. Luego me volvían a subir. Era difícil, pero no tanto.

Llegamos platicando hasta la esquina de la estética







sin problema. Frisco dijo que qué bueno que ya faltaba poco para el baile del 15 y me tocó disimuladamente en el hombro. Era el momento de hablar.

Miré a Cristina, me gustó cómo se veía en ese instante, haciendo esfuerzo por bajarme con cuidado de la banqueteta. Reuní el valor... ¡pero justo entonces, a Frisco se le resbaló la mano con la que agarraba la silla... y suelo! ¡Que me volteo ruedas pa' arriba a media calle! Por suerte no había ningún carro y Carola le hizo señas a un camión que venía a lo lejos, para que se parara mientras me volvían a levantar. Gruperro la ayudó ladrando.

Salió Lupe de la estética, con tijeras y peine en la mano, toda apurada, y ya ella me llevó hasta el final... Pero dejó en la calle las tijeras y el peine y para mi mala suerte, al rato pasó por ahí mi mamá de regreso del consultorio de la Dra. Ibáñez. Recogió las cosas y entró a la estética para dárselas a Lupe. Ahí se enteró de todo y a mí se me acabó el permiso de irme al taller con mis amigos. También se me cayó una buena oportunidad para invitar a Cristina.



Mi equipo

Los días que no fui al Taller me quedé bien amargado, la verdad. Sólo de pensar que en la Casa de la Cultura estaba el Mau, dándoles clases a los demás, me daba mucho coraje.

Pero mis amigos no se olvidaron de mí. Beto y Vero, junto con



Frisco, Carola y Cristina, habían estado averiguando en la Presidencia Municipal qué era lo que pasaba con las dichas rampas que no las hacían. ¡Hasta habían ido a hablar con Don Hilario, el Presidente!

Don Hilario les había explicado que lo que no había era dinero para hacer obras como éstas en el Municipio. Bueno, había un poco, pero lo habían reservado para arreglar la Presidencia para la noche del Grito. Había un grupo de vecinos, organizados en un Comité de Festejos Patrios, que ya tenían todo planeado.



–Es fecha en que vienen muchos turistas a Kipatla– les dijo Don Hilario.

–Y si queremos que regresen cada año a comprar cosas en beneficio de la comunidad, debemos cuidar que el lugar siga estando bonito. No hay que olvidar que muchas familias de Kipatla viven del turismo.

El dinero que había se iba a usar para pintar la Presidencia, para mandar hacer un Miguel Hidalgo de foquitos, para los cables y las luces de la iluminación y para poner guirnaldas tricolores por todo el centro. Mis amigos no se quedaron conformes con la explicación y decidieron hablar con la gente grande.

Hicieron una junta donde fuimos todos: Frisco, Carola y sus papás; Cristina y su tío Aldo; mi profesora Alicia, la Doctora Ibáñez, Don Esteban, con su nuera Katia y el bebé, en su carreola; y Lupe, que llegó oliendo rarísimo, porque acababa de hacer un *manicure* y se le había regado encima el barniz de uñas.

También fueron el Licenciado Juvencio y su esposa, la Señora Lichita y Kevin, su sobrino que siempre la lleva a todos lados. ¡Hasta llegó el señor de bigote, el que estaba comiendo torta aquel día y me ayudó a cruzar la calle! Resultó ser un maestro albañil que acababa de llegar a vivir a Kipatla: Crescencio Arenas. Él fue el que tuvo la idea de sumar cuántas rampas había que hacer y calcular lo que costarían.

–Yo lo que digo– explicó sin dejar de peinarse el bigote, –es que si podemos sacar un presupuesto barato, a lo mejor los convencemos de que también alcanza para esto.



–Bueno– dijo el Lic. Juvencio, –pero también hay que saber cuánto es el dinero que hay y cuánto va a costar lo que tienen planeado ellos.

Entre todos se pusieron de acuerdo para investigar. Estaban convencidos de que las rampas eran más importantes que los festejos del Grito.

Yo no sé el Lic. Juvencio, Doña Lichita y Katia con su bebé de carreola, pero yo me sentí muy importante de que tanta gente pensara en nosotros.

Esa noche, con Gruperro acostado en mi cama, inventé en la armónica una canción cortita, pero muy animada.





Otras zancadotas

El Taller de Armónica seguía avanzando. Martes y jueves. Yo ya había faltado dos semanas cuando Vero me vino a saludar. Me contó que el Mau le había preguntado por mí.

Una tarde que estaba arreglando los libros de la biblioteca, entró a preguntarle:

–Señorita, ¿usted de casualidad no sabe qué se hizo este jovencito Juan Luis Morales Aquino?

Vero le explicó por qué estaba yo faltando.

–¿Pero cómo puede ser eso?– contestó enojado. –¿Por una tarugada de ese tamaño no está viniendo el muchacho? ¿Por qué no me lo dijo antes?– y le pidió mi dirección.

¿Se imaginan la cara que puse cuando lo vi por la ventana? Venía caminando por la calle, derecho hacia mi casa, con unas zancadotas como las de mi papá. ¡Yo no lo podía creer!

–Gruperro... ¿ya viste?

Volado fui a abrir la puerta.

–¿Qué pasó, Juan Luis Morales Aquino? ¿Está tu mamá?– y mi mamá vino enseguida.



Estuvieron platicando de todo lo que había pasado.

El Mau se volteaba a mirarme con sus ojotes oscuros de vez en cuando y se quedaba pensando.

Casi se oía cómo le estaban girando las ideas por dentro, pensando cómo hacerle para arreglar las cosas.

–Bueno, lo primero es que este muchacho ya no falte al Taller. Si usted me da permiso, Elvira, yo mismo vengo por él.

Paso a las cuatro el martes.

¡Y pasó!



¡Para ponerse de acuerdo!

El día de la junta con el Comité de Festejos Patrios, la cosa no estuvo fácil. Cuando el maestro Crescencio Arenas mostró su presupuesto, ellos dijeron que estaba bien que los albañiles cobraran tan barato por ser amigos nuestros, que era un descuento muy grande el que nos ofrecían en la tienda de materiales, pero que de todos modos ya no había dinero más que para arreglar lo de la fiesta. Entonces habló el Lic. Juvencio:



–¡Fíjese nada más qué cosa!– dijo –Yo ya hice las cuentas y sumando todo lo que ustedes quieren hacer, todavía sobra un poco para las rampas. Sólo nos faltarían dos mil pesos para completar.

La profesora Alicia alzó la mano:

–Mi primo es electricista y dice que él puede hacer la iluminación completita por mil pesos menos de lo que les están cobrando a ustedes.

El maestro Crescencio, muy animado agregó:

–¡Y si es por lo de la pintura de la fachada, yo les cobro más barato el metro y ahí ahorramos otros quinientos pesos!

–De todos modos faltarían quinientos. No alcanza– dijeron ellos de brazos cruzados.

–Oiga, pero... ¿no cree que con un esfuerquito ustedes podrían recortar otros quinientos de sus gastos?– les dijo Katia, con su bebito en los brazos.

Ya nos estábamos enojando cuando de pronto, en medio de la discusión apareció por la puerta el Mau.

–Perdón por llegar tarde, se me descompuso la camioneta y miren nomás a qué horas vengo dando por acá.

Don Hilario, el Presidente, se acercó muy amable para dejarle la silla al famoso cantante.



–¡No se preocupe! No faltaba más, Don Mauricio. ¿Qué lo trae por acá? ¿En qué le podemos servir?

–Pues mire, mi estimado Presidente– le dijo muy serio el Mau.

–Yo quiero decirle que le piense un poquito a este asunto de las rampas– y entonces me señaló, –porque este muchachito no ha podido venir al taller y necesito que esté listo para el día 15.

¡Yo me quedé helado! ¿Cómo que me necesitaba para el día 15? Lo miré extrañado y él alzó las cejas dos veces, discretamente.

–¡Hombre!– volvió a hablar con Don Hilario –¿Qué no le había yo dicho que tiene un numerito que tocar con *Los Indomables*? ¡Ah, qué bruto de mí! Yo creo que se me había olvidado comentárselo: este jovencito es indispensable para la fiesta. ¿Verdad Juan Luis Morales Aquino?



Yo, como pude, dije que sí, todavía medio atarantado, emocionado por la sorpresa.

–Además– agregó el Mau, mientras todos seguíamos callados –Yo, la verdad, quiero regalar este concierto para que vengan todos. Para que puedan llegar por las calles de Kipatla los de a pie, los de bastón, los de carro, los de muletas, los de pesero, los de burro, los de andadera, los de bici, los de camión, los de carreola y los de silla de ruedas. ¿O usted no cree que así estaría más animada la fiesta?

Yo sentí una sonrisa por dentro.

–Sí, desde luego...– contestó el Presidente Municipal. Y enseguida volteó a ver a los del Comité de Festejos Patrios.

–¿Y si mandamos hacer el Miguel Hidalgo más chiquito? No creo que desmerezca. ¿Verdad? A lo mejor con eso ahorramos los últimos quinientos pesos que faltan para las rampas.

Y exactamente así fue como se hizo.

Soplidos y vueltas

Desde el lunes 12 comenzaron a llegar los turistas y nadie notó que el Miguel Hidalgo que brillaba sobre el kiosco estuviera chiquito. Muchas personas compraron banderitas, trompetas y confeti de colores. Familias completas comieron antojitos mexicanos, pozole y esquites en todas las fondas y restaurantes.



El martes llegaron dos camiones llenos de gente. Casi todos traían silla de ruedas. Eran las personas con discapacidad de los pueblos vecinos



que habían decidido venir a festejar todos juntos a Kipatla, que era el lugar más bonito de los alrededores y donde además, ahora resultaba muy fácil cruzar las esquinas en sillas de ruedas.

Para el jueves 15, Kipatla tenía 47 rampas terminadas. El maestro Crescencio les marcó en el cemento unas notas musicales en agradecimiento al Mau por su apoyo.

Los Indomables tocaron esa noche una canción nueva. Estaba compuesta con la tonada que yo había inventado aquella noche, con el Gruperro echado en mi cama. *El Mau y Los Indomables* inventaron la letra. “Para tratarnos igual” fue un éxito total.

Yo conseguí que el profe Aldo la tradujera al náhuatl y le regalé la canción a Cristina para pedirle que fuera conmigo al baile.



Sí quiso. Después de tocar la canción en la armónica, acompañando a *Los Indomables*, mi papá me ayudó a bajar del escenario por una rampa de madera.

Me dejó en la pista de baile, ahí, entre la gente; y me la pasé de lo mejor bailando en mi silla con Cristina, que a veces me empujaba para que juntos, con todo y Gruperro, diéramos de vueltas.



Población de personas con discapacidad en México

Entidad federativa	Total	0 a 14 años	15 a 64 años	65 y más años	No especificado
Estados Unidos Mexicanos	1 795 300	235 969	915 142	628 825	15 364
Aguascalientes	17 021	2 707	8 227	5 977	110
Baja California	35 103	5 255	18 967	10 669	212
Baja California Sur	6 835	919	3 709	2 159	48
Campeche	15 778	1 998	8 204	5 479	97
Coahuila	46 558	5 949	24 635	15 656	318
Colima	13 022	1 532	6 659	4 731	100
Chiapas	49 823	8 412	26 162	14 826	423
Chihuahua	56 187	6 520	28 997	20 273	397
Distrito Federal	159 754	17 015	82 399	59 772	568
Durango	32 052	4 100	16 092	11 592	268
Guanajuato	88 103	12 780	42 297	32 099	927
Guerrero	50 969	6 864	24 766	18 357	982
Hidalgo	47 176	6 654	23 634	16 385	503
Jalisco	138 308	17 695	67 551	51 811	1 251
México	189 341	29 702	106 035	52 414	1 190
Michoacán	85 165	10 904	40 412	32 639	1 210
Morelos	30 195	3 536	14 925	11 417	317
Nayarit	21 600	2 747	10 723	7 996	134
Nuevo León	69 765	8 108	37 007	24 332	318
Oaxaca	65 969	8 594	31 850	24 651	874
Puebla	82 833	11 666	40 709	29 808	650
Querétaro	22 165	3 573	10 788	7 614	190
Quintana Roo	12 186	2 199	6 939	2 989	59
San Luis Potosí	48 190	6 338	22 838	18 408	606
Sinaloa	48 370	6 284	25 398	16 368	320
Sonora	42 022	5 499	21 646	14 644	233
Tabasco	38 558	4 929	21 230	12 075	324
Tamaulipas	52 484	5 850	26 884	19 303	447
Tlaxcala	12 498	1 861	6 130	4 458	49
Veracruz	137 267	16 567	71 403	47 669	1 628
Yucatán	47 774	5 204	23 316	18 998	256
Zacatecas	32 229	4 008	14 610	13 256	355

FUENTE:

INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda 2000.*

Población con discapacidad por grupos de edad y sexo

Grupos de edad	Total	Hombres	Mujeres
Total	1 795 300	943 717	851 583
0 a 4 años	44 629	24 047	20 582
5 a 9 años	89 159	49 345	39 814
10 a 14 años	102 181	56 135	46 046
15 a 19 años	91 396	51 552	39 844
20 a 24 años	88 444	50 834	37 610
25 a 29 años	83 611	49 348	34 263
30 a 34 años	83 081	49 307	33 774
35 a 39 años	82 503	48 980	33 523
40 a 44 años	85 135	49 288	35 847
45 a 49 años	89 698	50 155	39 543
50 a 54 años	98 213	53 516	44 697
55 a 59 años	97 126	52 469	44 657
60 a 64 años	115 935	59 907	56 028
65 a 69 años	122 802	61 286	61 516
70 y más años	506 023	230 484	275 539
No especificado	15 364	7 064	8 300

FUENTE:

INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda 2000.*

Datos relevantes

- Según la Organización Mundial de la Salud alrededor de 10% de la población del planeta sufre de alguna discapacidad, cifra que contrasta con el 1.8% (1'795,300 personas de un total de 97'483,412) registrado por el INEGI para nuestro país en el *XII Censo General de Población y Vivienda*. Quizá la existencia de guerras y catástrofes naturales a escala global no sea suficiente para explicar la disparidad de las estimaciones. En todo caso, es patente la necesidad de mejorar los análisis estadísticos sobre población con discapacidad, para que la planeación y formulación de políticas públicas se sustenten en una base real.
- La cifra de personas con discapacidad es analizada por el INEGI según cada tipo de discapacidad:

45.3%	motora
15.7%	auditiva
4.9%	de lenguaje
26%	visual
16.1%	mental
0.7%	no especificada

Conviene observar que la suma de estos porcentajes es superior

a 100. Ello se explica por la existencia de individuos que padecen más de un tipo de discapacidad.

- La mayoría de personas con discapacidad son adultos mayores (60 años o más): 743,981.
- En el 7% de los hogares mexicanos hay por lo menos una persona con discapacidad; los estados que mayor concentración presentan en este sentido son Yucatán y Zacatecas, con 10.4% y 9.0% respectivamente.
- La distribución porcentual de la población con discapacidad según la causa de la misma es la siguiente:

31.6%	enfermedad
22.7%	edad avanzada
19.4%	nacimiento
17.7%	accidente
6.7%	no especificada
1.9%	otra causa
- 711,464 personas con discapacidad son jefes de familia en el país, y de ellas 210,029 son mujeres.

Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en el
CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, Col. Anzures, Del.
Miguel Hidalgo, C.P. 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx

La presente edición consta de 30,000 ejemplares y estuvo al cuidado de la Dirección General Adjunta de Vinculación, Programas Educativos y Divulgación del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.